

CAPITULO XIV.

Mme. Defarge.

Mientras iban reuniéndose las cincuenta y dos víctimas, Mme. Defarge celebraba una entrevista con Jacobo tercero y la Venganza, pero no en la tienda de la calle de San Antonio, sino en la casucha del serrador de madera, nuestro antiguo peon caminero. Este, colocado en aquellas cercanías, á guisa de centinela, no debía tomar parte en la sesión hasta el momento en que sus explicaciones llegaran á ser necesarias, y aun en este caso no le sería permitido emitir su parecer.

—Defarge es, sin duda alguna, un buen republicano, dijo Jacobo tercero.

—De los mejores que hay, exclamó la Venganza con cierta volubilidad.

—Silencio, hija mia, replicó Mme. Defarge poniendo la mano sobre la boca de su ayudanta; mi marido es un buen patriota, tan valiente como leal, y ha servido bien á la República, la cual tiene en él una ilimitada confianza; pero el pobre tiene la debilidad de dejarse enternecer por ese dichoso doctor.

—Lo cual es muy sensible, dijo Jacobo mordiéndose las uñas de los dedos; eso es impropio de un buen ciudadano.

—Lo que es á mí me importa bien poca cosa ese doctor; que conserve su cabeza ó la pierda, me es absolutamente igual. Pero la raza de los Evremont debe desaparecer, y es preciso que la madre y la hija sigan cuanto antes la suerte del que va á morir.

—Así tendremos una hermosa cabeza, dijo con su estridente voz Jacobo tercero. Los ojos azules y los dorados

cabellos hacen un magnífico efecto entre las manos de Sanson.

Aquel mónstruo tenia una refinada crueldad. Madame Defarge, con los ojos entornados, parecia meditar algun proyecto.

—Tambien la chiquitina tiene los cabellos rubios y los ojos azules, añadió Jacobo con visible satisfacción; y además, en estos casos suelen escasear los niños. ¡Ah, son preciosas esas cabecitas!

—En resumen, repuso Mme. Defarge abriendo de pronto sus negros ojos, en el caso de que se trata, no puedo fiarme de mi marido. No solamente haria yo mal en darle á conocer mi proyecto, sino que de no emplear toda mi actividad, seria él muy capaz de indicarnos el peligro que corren y hacer que lograsen escapar de nuestras manos.

—Es menester que eso no suceda, exclamó Jacobo; nadie debe escaparse de nuestras manos; todavia no tenemos lo que nos hace falta: es preciso llegar á una centena diaria.

—En fin, continuó la tabernera; Defarge no tiene las mismas razones que yo para cebarse en esa familia, y yo no tengo las tuyas para que pueda importarme un pito la suerte de ese doctor. Por consiguiente, no debo contar con él, y quiero obrar por mí misma en este asunto.

Al pronunciar estas palabras llamó al serrador de madera, á quien habia inspirado siempre tanto respeto como terror, y el antiguo peon caminero apareció inmediatamente con su gorro encarnado en la mano.

—¿Estás dispuesto, le dijo Mme. Defarge con acento sombrío, á prestar hoy mismo tu declaracion referente á las señales de inteligencia de que me has hablado?

—¿Y por qué no? repitió el hombrecillo. Aquella jóven venia todos los días sin falta, algunas veces con la chiquitina, pero casi siempre sola, y ¡vaya si hacia gestos y señales! ¡Ah! era preciso verlo para creerlo; estoy perfec-

tamente enterado; lo he visto por mis propios ojos, y me encuentro muy decidido á referirlo todo.

El serrador de madera, al mismo tiempo que pronunció esta retahíla, hizo una infinidad de gestos imitando las señales políticas de que se trataba, y las cuales, sin embargo, no había visto nunca.

—Esa mujer estaba conspirando, dijo Jacobo tercero; la cosa no admite la menor duda.

—¿Podemos contar con el jurado? le preguntó la tabernera sonriendo de un modo siniestro.

—Sin duda alguna, querida ciudadana; yo respondo de todos mis compañeros.

—Vamos á ver, repuso Mme. Defarge con aire reflexivo: ¿debo perdonar al doctor para complacer á mi marido? No veo muy claro este asunto; pero, me importa tan poco que viva ó no...

—Siempre sería una cabeza más, hizo observar Jacobo tercero.

—El doctor señalaba la prision á su hija y gesticulaba con ella en el momento en que yo los ví, continuó la tabernera; por eso creo que acusándola á ella habrá que denunciar tambien á su padre; pero en fin, cuando llegue el momento oportuno veré lo que debo hacer. Yo no puedo fiar á ese hombrecillo un asunto tan importante, y como soy una excelente testigo, mi declaracion confirmará la suya.

Jacobo tercero y la Venganza exclamaron que era una admirable y magnífica testigo, y el hombrecillo, queriendo remachar el clavo, declaró que era una mujer bajada del cielo.

—En fin, el doctor verá cómo se las arregla, continuó Mme. Defarge, sin escuchar los elogios que se la prodigaban; decididamente, yo no puedo compadecerme de él. Ciudadano, ¿estarás allí á las tres?

El serrador se apresuró á contestar afirmativamente,

y aprovechó aquella circunstancia para declarar que era un verdadero patriota, y que sería el más desdichado de los hombres si llegara á verse privado de la satisfaccion de fumar su pipa admirando la destreza del barbero nacional. Hizo con tal entusiasmo sus declaraciones, que hubieran podido ser atribuidas á algo parecido al miedo; y hasta es muy posible que los penetrantes ojos de Mme. Defarge, que le miraban con soberano desprecio, hubiesen descubierto el terror de aquel infeliz, circunstancia que podia hacerle figurar en el número de los sospechosos.

—Pues allí nos veremos, dijo la tabernera; vé luego á buscarme al arrabal de San Antonio, y no faltes, porque tenemos que ir á mi seccion para denunciar á esos tres individuos.

El hombrecillo contestó que tendría á mucho orgullo el acompañar á la ciudadana; ésta le dirigió una furibunda mirada que él evitó apartándose con aire confuso; y asustado como un perro sorprendido al cometer algun desaguisado, se escurrió bonitamente y fué á ocultarse detrás de sus provisiones de leña.

Mme. Defarge hizo seña á la Venganza y á Jacobo para que se aproximasen á la puerta, y les comunicó sus proyectos en los siguientes términos:

—La mujer de Evremont debe estar en su casa mientras llega la hora de la ejecucion; estará desesperada, sollozando, llorando sin consuelo y en un estado que indudablemente la colocará bajo la accion de la ley: está prohibido simpatizar con los enemigos de la República, y ahora mismo voy á buscarla para ajustarle las cuentas.

—¡Esta mujer es admirable! dijo Jacobo tercero lleno de entusiasmo.

—¡Bien, querida mia! exclamó la Venganza estrechándola entre sus brazos.

—Guarda mi calceta, repuso Mme. Defarge dejando su

labor en manos de su ayudanta; déjala encima de mi silla; véte en seguida y no te entretengas en el camino; hoy habrá allí más gente que de costumbre, y si nos descuidamos nos quitarán nuestro sitio.

—No tengas cuidado, yo te obedeceré al pié de la letra; ¿no eres tú mi jefe? respondió la Venganza abrazándola por segunda vez; no tardes mucho en ir.

—Llegaré antes de que empiecen.

—Hay que ver la llegada de las carretas: ¿estás segura de llegar á tiempo, querida mia? gritó la ayudanta corriendo trás de su jefe, al ver que Mme. Defarge habia ya doblado la esquina de la calle. Esta indicó con la mano que habia oído lo que se la decia y que estaria en su sitio con la debida oportunidad. Alejése rápidamente, en tanto que Jacobo tercero y la Venganza admiraban su hermosa estatura y sus facultades morales.

Veíase por entonces un gran número de mujeres espantosamente desnaturalizadas por el contagioso furor de la época; sin embargo, la más temible de todas ellas era la que se dirigia en aquel momento á la casa del doctor. De un carácter tan prudente como audaz, de una voluntad inflexible, de una condicion resuelta, de una penetracion extremadamente sagaz y una belleza varonil que revelaba desde luego su potente energia, Mme. Defarge hubiera surgido inevitablemente del oleage revolucionario; pero embebida en el recuerdo de las iniquidades de que habia sido victima su familia, alimentando desde la infancia un odio inveterado contra los nobles y aguardando incesantemente el momento de vengarse, la ocasion la trasformó en una hiena y le arrancó la compasion, suponiendo que esta virtud hubiera residido alguna vez en su corazon.

Nada le importaba que un hombre fuese decapitado por los crímenes de sus padres; ella no veia al inocente, sino á los que le habian legado aquella herencia. No le

bastaba que aquella muerte produjese una viuda y una huérfana; la niña y la mujer que llevaban el odiado apellido eran su legitima presa y no tenian derecho á la vida. Hubiera sido completamente inútil el tratar de moverla; ella no podia enternecerse ni era capaz de compadecerse á si misma. Si hubiera caido en la calle, en medio de las luchas en que tantas veces habia tomado parte, ni siquiera se le hubiera ocurrido exhalar una queja; si la hubieran conducido al cadalso, hubiera subido á él sintiendo únicamente el no poder presenciar el suplicio de sus jueces.

Tal era el corazon que latia bajo el vestido de madame Defarge. Este vestido, de una tela ordinaria y colocado descuidadamente como el traje talar de una sibila, cuadraba perfectamente con la elevada estatura de aquella mujer, cuya negra y abundante cabellera se escapaba en espesas crenchas bajo un toscó gorro encarnado. Su ancho pañolon ocultaba una pistola, y su cinturon iba guarnecido de un puñal. La tabernera prosiguió su marcha con la firmeza que revelaba en todos sus actos y con la agilidad de una mujer acostumbrada desde la infancia á andar con los piés descalzos sobre la arena de la playa. Pocos momentos despues se hallaba á la puerta de la casa del doctor.

La imposibilidad de que el aya pudiera disponer de un asiento en la silla de posta, habia ya preocupado á Mr. Lorry el dia anterior. Pero no solamente era preciso no cargar demasiado el antiguo carruaje, sino que además convenia abreviar en todo lo posible el tiempo que habia de emplearse á la salida en el reconocimiento de los viajeros, con objeto de que el retraso de algunos minutos no llegara á malograr la proyectada empresa. El gentleman, despues de reflexionarlo detenidamente, indicó al aya que podia ponerse en camino cuando lo tuviese por conveniente, que esperase hasta las tres y que ocu-

pase, en compañía de Jerry, un carruaje más ligero, que podían procurarse con anticipación. De este modo alcanzarían fácilmente la silla de posta, podían llegar á precederla y mandar preparar los caballos necesarios; ventaja inmensa, y mucho más durante la noche, en que el menor retraso podía traer muy funestas consecuencias.

Miss Pross, comprendiendo lo conveniente que podía ser este plan á los fugitivos, lo aceptó gustosamente desde luego, y sólo esperaba que llegase el momento de ponerlo en ejecución. Había asistido, en compañía de Cruncher, á la salida de Lucía, reconoció la persona que Salomon había conducido, pasó diez minutos en una ansiedad imposible de describir, y en tanto que la calcetera se iba aproximando á la casa, discutía con Jerry acerca de las últimas medidas que uno y otro debían adoptar.

—¿Qué os parece, Mr. Cruncher? decía miss Pross, cuya terrible agitación apenas la permitía hablar; ¿no sería mejor que fuéramos nosotros mismos á buscar los caballos en vez de esperarlos aquí en el pátio? Porque eso de que dos carruajes salgan del mismo sitio, podría parecer sospechoso.

—A mí me parece, miss, que teneis sobrada razón; además, aun cuando esteis en un error, contad siempre conmigo.

—Me inquieta de tal modo la suerte de esos pobrecitos míos, dijo sollozando el aya, que no me encuentro en disposición de discurrir nada; vamos, Mr. Cruncher, decidid qué es lo que ha de hacerse.

—Yo sólo sé lo que debo hacer en lo sucesivo; pero, lo que es en este momento, me es imposible hacer el menor uso de mi inteligencia. ¿Quereis hacerme el favor de fijaros en lo que voy á decir?

—Por Dios, hablad pronto, y ocupémonos de lo que nos queda por hacer.

—En primer lugar, miss Pross, si no ocurre ningún

contratiempo á esos pobrecitos de quienes hablais, juro renunciar para siempre...

—Yo os creo bajo vuestra palabra, Mr. Cruncher, y os suplico que no designeis el hecho con mayor claridad.

—No lo nombraré; tranquilizáos: yo me comprometo además á permitir á mi mujer que se arrodille y rece todo cuanto quiera.

—La dirección de vuestra casa debe correr á cargo de vuestra mujer, respondió el aya enjugándose las lágrimas. ¡Ay, qué será de esos pobrecitos!

—Y no es eso todo, continuó Cruncher; he llegado á cambiar de tal modo en esa cuestión, que quisiera de todas veras que mi mujer se hallase rezando en este mismo momento.

—¡Dios le oiga! exclamó miss Pross redoblando sus sollozos.

—El haga, continuó Jerry cada vez más dispuesto á prolongar su discurso y dando á sus frases la entonación de un discurso religioso, él haga que sean atendidas mis súplicas por la salvación de los fugitivos. El haga que salgan sanos y salvos de este espantoso peligro; ¡Ojalá lo haga! ¡ojalá lo haga! Miss Pross, ¡eso es todo lo que yo le pido!

Jerry trató inútilmente de construir otro período mejor, y tuvo que contentarse con el que acabamos de transcribir.

Mme. Defarge continuaba su precipitada marcha y se aproximaba cada vez más.

—Si volvemos á poner los piés en nuestro país, replicó miss Pross, estad seguro de que referiré á vuestra digna esposa, con la posible exactitud, todo cuanto acabais de decir de un modo tan conmovedor; suceda lo que quiera, yo seré testigo del interés que os han inspirado esos pobrecitos durante este terrible trance. Pero ahora, amigo mío, ¡démonos prisa; démonos prisa, por favor!

Mme. Defarge continuaba aproximándose.

—Id al encuentro del carruaje, dijo miss Pross; de ese modo impedireis que llegue hasta aquí, y yo me reuniré con vos dentro de un momento; creo que esto es lo más acertado.

Mr. Cruncher opinaba exactamente lo mismo.

—¿En qué sitio me aguardareis?

El pobre hombre se hallaba tan trastornado, que sólo le era posible pensar en Temple Bar; pero se encontraba á muchas millas de allí, y Mme. Defarge se aproximaba por momentos.

—¿Os parece que tendríais que andar mucho para esperarme en la puerta de la catedral?

—No, miss.

—Pues entonces, amigo mio, id corriendo á la casa de postas y haced que el carruaje cambie de direccion.

—Me disgusta sobremanera el dejaros sola, replicó Jerry moviendo la cabeza; ¿quién sabe lo que puede suceder?

—No tengais cuidado, Mr. Cruncher; estad á las tres en la puerta de la catedral, y yo llegaré al mismo tiempo que vos; creo que eso será lo mejor. ¡Vamos, dáos prisa! en vez de pensar en mi, pensad en las personas cuya vida pende de vuestras manos.

Estas palabras, dichas con acento desesperado, decidieron por fin á Jerry á separarse de miss Pross y á hacer lo que se le pedia. El aya, al verse sola, enjugó sus lágrimas y pensó que era necesario borrar las huellas que hubieran podido dejar en su rostro, para no excitar la atencion de los transeuntes. Espantada de la soledad de aquellas habitaciones desiertas, que su perturbada imaginación poblaba de individuos ocultos detrás de las puertas, cogió un poco de agua fria y se lavó los ojos, levantando y volviendo la cabeza á cada segundo para ver si alguien la espiaba. De repente lanzó un grito, dejó caer

la jofaina, que fué á estrellarse contra el suelo, y su contenido se vertió á los piés de Mme. Defarge.

—¿En dónde está la mujer de Evremont? preguntó la calcetera.

Miss Pross comprendió súbitamente que las puertas abiertas podrian hacer sospechar la huida de los fugitivos, apresuróse á cerrarlas en aquel mismo momento y se colocó resueltamente delante de la que daba entrada á la habitacion que su jóven señora habia ocupado.

Mme. Defarge, que no perdía de vista al aya, se fijó luego en el rostro de ésta. Miss Pross estaba muy lejos de ser hermosa; el tiempo no habia dado mayor dulzura á sus facciones ni habia hecho más graciosas sus formas; pero ella tambien era valiente y contempló á la desconocida con la misma impasibilidad empleada por esta última.

—Aunque seas la mujer del demonio, pensó para sí el aya, no has de salirte con la tuya; soy inglesa, y ya veremos quien puede más.

A pesar de la frialdad y el desprecio que revelaba su rostro, era indudable que Mme. Defarge habia adivinado la resolucion de su rival. Sabia perfectamente que aquella mujerona, de atlética musculatura, era una entusiasta servidora de las gentes á quienes ella queria perder. Miss Pross, por su parte, tenia la seguridad de que madame Defarge era la enemiga encarnizada de los seres á quienes ella amaba.

—Al dirigirme allá, dijo la tabernera extendiendo la mano en direccion del lugar del suplicio, he pasado por aquí para saludarla, y deseo decirle cuatro palabras.

—Tú no vienes aquí á nada bueno, respondió el aya; por consiguiente, ten entendido que he de impedir con todas mis fuerzas el que consigas tus propósitos.

Una y otra hablaban en su propia lengua, y ninguna de ellas sabia lo que le decia la otra; pero las dos se miraban fijamente y trataban de leer en el rostro de su

contrincante el sentido de las palabras desconocidas que vibraban en sus oídos.

—¿Por qué se oculta? ¿qué gana con esconderse? repuso Mme. Defarge, si de todos modos se sabe perfectamente lo que ella hace. Anda, vé á decirle que estoy aquí, ¿lo oyes?

—Aunque me hicieras pedazos no lograrías intimidarme.

Mme. Defarge no comprendió probablemente estas palabras, pero sin embargo adivinó su sentido.

—¡Vieja imbécil! exclamó frunciendo las cejas: ¿es que no va á haber modo de arrancarte una respuesta? Yo quiero verla; vé á decirselo, ó déjame pasar.

El gesto enérgico con que acompañó estas palabras, las esplicó suficientemente.

—No creía yo, replicó miss Pross, llegar á tener nunca el deseo de comprender tu jerga; pero daría todo lo del mundo por saber si sospechas la verdad.

La tabernera, que hasta entonces no se habia movido de su sitio, avanzó un paso.

—Mira que soy inglesa y estoy desesperada, exclamó la vieja solterona; mira que no me importa la vida dos cominos; cuanto más tiempo te haga perder, tanto mejor para mi pichoncita; y si te atreves á tocarme, si llegas á ponerme siquiera un dedo encima, te arranco todos cuantos pelos tienes en la cabeza.

Miss Pross pronunció estas palabras acompañándolas de furibundas miradas; la pobre mujer no habia dado un capirotazo á nadie en toda su vida, y sin embargo se hallaba muy dispuesta á ejecutar sus amenazas.

Pero como su valor provenia de la fuerza de un tierno afecto, no pudo contener sus lágrimas. Mme. Defarge, que no conocia esta clase de emociones, creyó que aquellas lágrimas eran una prueba de debilidad.

—¡Vamos, ya veo que te rindes! exclamó echándose á

reír; ¡anda, anda, pobre loca! mira que yo no puedo perder tiempo: ¡ciudadano doctor! ¡ciudadano Evremont! respondedme; ¡yo soy la ciudadana Defarge!

El silencio que siguió á sus palabras, el aspecto del aya, ó tal vez un vago presentimiento, le hicieron pensar por primera vez en la posibilidad de una fuga, y abrió las tres puertas que miss Pross habia cerrado.

—Estas tres habitaciones están en completo desórden y hay en ellas algunos paquetes preparados: ¿hay alguien en ese cuarto? añadió señalando la puerta en que la inglesa se hallaba apoyada.

—No te permitiré que lo veas, replicó el aya, que comprendió la pregunta tan bien como su rival entendió la respuesta.

—Si no están ahí, es que se han escapado, dijo madame Defarge; pero puede perseguirseles y traerlos otra vez aquí...

—Mientras dudes si están ó no en esa habitacion, dijo para sí la inglesa, no sabrás qué partido tomar é iremos ganando tiempo; además, cuando sepas á qué atenerte sobre el particular, tendrás que continuar aquí mientras mis fuerzas me permitan sujetarte.

—Aun cuando tenga que hacerte pedazos abriré esa puerta, repuso Mme. Defarge.

—Estamos solas en el último piso de una casa que tiene pocos vecinos; el patio está desierto y nadie puede oírnos; yo lo que quiero es tener bastantes fuerzas para impedirte la salida, porque cada minuto que gane Lacia vale para ella un millon de guineas.

En aquel mismo instante, Mme. Defarge, que se habia lanzado sobre la puerta, se vió asida por los brazos del aya, que la rodearon la cintura. En vano trató de luchar. El cariño, mucho más fuerte que el ódio, centuplicaba el vigor de miss Pross. En vano descargó sobre la inglesa terribles puñetazos ó le arañó el rostro; la pobre mujer

no soltaba su presa y asía á su rival como suele asirse un ahogado al primer objeto con que tropieza.

De pronto, la ciudadana dejó de dar golpes y llevó la mano á su cinturón.

—La tengo debajo de mi brazo, dijo miss Pross con acento terrible, pero no la dispararás; gracias á Dios, tengo yo más fuerza que tú.

Mme. Defarge llevó las manos á su pecho, miss Pross alzó la vista, vió una pistola, se apoderó de ella, la disparó y se halló sola y cegada por el humo de la pólvora.

Un espantoso silencio sucedió á la detonacion que acababa de oirse; disipóse la nube y lanzóse al aire al mismo tiempo que el último aliento de la calcetera, cuyo cuerpo inanimado yacía sobre el suelo.

El primer impulso del aya fué correr hácia la escalera y pedir socorro; pero, afortunadamente, calculó las consecuencias que podría traer semejante determinacion. A pesar del horror que le inspiraba aquella habitacion, se apresuró á volver á ella, se puso su manton y su sombrero, cerró la puerta, quitó la llave, se detuvo en la meseta de la escalera para tomar algun aliento, y se alejó de allí precipitadamente.

El tupido velo que cubria sus facciones impidió que los transeúntes se fijasen en las huellas que los dedos de su rival habian dejado en su rostro y en los mechones de cabellos que le habian sido arrancados; y aun cuando habia procurado arreglar convenientemente sus vestidos, aparecian éstos desgarrados y rotos hasta el punto de hacer concebir toda clase de sospechas.

Cuando llegó al puente arrojó al Sena la llave que habia recogido, y se dirigió hácia la plaza de Nuestra Señora. Como Cruncher no habia acudido aún á la cita y se vió obligada á aguardar durante algunos minutos, que se le figuraron siglos, pensó que tal vez habria pescado alguién la llave, que podía haber caído en una red, que

sin duda la habian reconocido, que iban á abrir la puerta, que verian el cadáver, que la detendrian al tratar de salir de París, que la encerrarían en la cárcel y que la conducirían como asesino. Hallábase sobrecogida por estos terribles temores, cuando de pronto apareció Jerry, la hizo subir en un carruaje y mandó al postillon que se pusiese inmediatamente en marcha.

—¿Hay ruido en las calles? preguntó miss Pross á su compañero de viaje.

—Lo mismo que todos los dias, respondió éste, extrañando no menos la pregunta que el aspecto de su atribulada compatriota.

—¿Qué estais diciendo?

Mr. Cruncher repitió inútilmente sus palabras, y no pudiendo hacerse comprender, movió la cabeza haciendo un signo afirmativo.

—¿Hay ruido en las calles?

—Idéntico movimiento de cabeza.

—No oigo nada.

—Pues señor, se ha quedado sorda en menos de una hora! ¿Qué es lo que le habrá sucedido? comenzó á preguntarse Jerry.

—Yo creo, dijo el aya, que esa detonacion será el último ruido que he de oír en toda mi vida.

—Dios mio, se ha vuelto loca! exclamó Jerry cada vez más confuso. ¿Qué le diría yo para que recobrase la razon? Escuchad, miss Pross, ¿no oís el ruido de esas carretas?

—No oigo nada, repuso ella al verle mover los labios. ¡Ay, amigo mio! desde que oi aquella detonacion, me rodea el silencio de la muerte, y este silencio continuará mientras yo viva.

—Efectivamente, si no percibe el ruido de esas horribles carretas, dijo Cruncher, creo que ha perdido para siempre el órgano del oído.

Y la pobre mujer continuó sorda el resto de sus dias.